





ELEYDA  
BUEN INVIERNO



Alejandro Zafra

ELEYDA  
BUEN INVIERNO



Primera edición: febrero 2021

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Alejandro Zafra

ISBN: 978-84-18663-06-2

ISBN digital: 978-84-18663-07-9

Depósito legal: M-4147-2021

Editorial Adarve

C/ Ros de Olano, 5

28002 Madrid

[editorial@editorial-adarve.com](mailto:editorial@editorial-adarve.com)

[www.editorial-adarve.com](http://www.editorial-adarve.com)

Impreso en España

*A mis padres,  
por su inestimable amor  
y por dejar escapar mi—ni mucho menos cuerda— imaginación.*





*Triste cuando deseo y cuando no. Triste cuando con un cuerpo y  
cuando no. Triste cuando con su sonrisa y cuando no.*

ALEJANDRA PIZARNIK



I



## Prólogo

*Érase una vez  
en una fría noche de invierno  
—en la época de Navidad—  
que una niña lloró hasta quedarse dormida.*



## Triste y abandonada

### *Desencantada*

La luna brillaba, solitaria, en lo alto del firmamento. El viento, furioso, aullaba contra la ventana de la habitación. La nieve, libre, volaba en las calles empedradas y en los árboles sin hojas del jardín. Y la bruma rondaba el castillo como si velara a la otrora fastuosa edificación.

Eleyda abrió sus enormes ojos, pues algo había oído y ese algo la había despertado. Se quedó muy quieta. Alarmada. Pudo ver de reojo el fulgor anaranjado de una de las antorchas del pasillo, asomándose bajo la puerta como si se tratara de un tímido duendecillo.

Hacía frío y temía que un *agarrapiesfríos* le agarrase un pie por debajo de la manta, por lo que se enroscó todo lo que pudo hasta hacerse un ovillo en el centro de su cama, tan gélida como una tumba de hielo.

Había paz. Tanta que resultaba sospechosa. Como la calma que precede a la tempestad. Un silencio estático e incómodo. Una quietud inconcebible.

No podía dormir. Hechizada por las tinieblas. Dio un bufido, que sonó indiferente a todo cuanto la rodeaba. Y dio otro bufido por la indiferencia de todo.

Estaba harta de aquel lugar lúgubre.

Triste y abandonada, estaba harta de un universo en el que no existía la magia.

## Cinérea

### *Etérea*

Eleyda tenía el cabello ceniciento.

La piel blanca como la espuma.

Ojos azules como el zafiro.

Labios rojizos.

Dedos finos y delicados.

*Como los de un esqueleto.*

Eleyda contempló la luna en el cielo nocturno y surcado de estrellas. Protegiendo al mundo y a sus criaturas como se protege a quien se ama. Iluminando una tierra oscura. Pensó en que, sin la oscuridad, nunca veríamos la claridad.

Cerró los ojos, deseosa de dormirse y soñar. Pero hacía tiempo que no soñaba. El insomnio en la madrugada era horrible. Cuando cerraba los párpados sin llegar a dormirse, las danzas se sucedían a su alrededor. Las flores florecían y languidecían. Los astros, como amantes desairados, se esquivaban.

Hizo inventario de las cosas que constituían su habitación. Reparó en el armario anacarado que había frente a su cama. Miró disimuladamente la telaraña de la esquina. Sonrió con complicidad a la mesita de noche. Y abrazó con la mirada a su libro favorito.

El armario solía contarle que fue un afamado violonchelista y que había tocado en fabulosos anfiteatros. La telaraña, rutilante, se mostraba orgullosa como un estandarte. Esporádicamente veía



a su creadora. La araña la observaba desde las sombras. Jamás se dirigían palabra alguna. Ni buenos días ni buenas noches.

Y, por último, estaba la mesita de noche. De piedra blanquecina. En ocasiones colocaba en ella sus libros. Aunque casi siempre estaba vacía. No quería estar allí. Eleyda la entendía.

Permaneció con los ojos fijos en el techo.

Se mordió el labio.

Mutismo.

Silencio.

—Eleyda —susurró una voz.

Aguardó inmóvil, temiendo incluso el sonido de su propia respiración. Los farolillos del jardín se apagaron. Tan solo la luna resistía díscola ante la negrura, con un ejército de plateadas estrellas a su espalda.

—Eleyda —volvió a escuchar.

Tras aquello, todo quedó en pausa.

Interrumpida únicamente por las ráfagas de viento invernal.

Eleyda creyó que quizá fuera su imaginación, que era de todas las maneras delirante. Siempre se había considerado una niña rara, sobre todo porque así la consideraban los demás. No los culpaba. Era, sin lugar a dudas, la clase de persona que prefería saludar a la penumbra con un guiño.

Pasaron los segundos. Puede que las horas. No volvió a escuchar su nombre. De modo que se dio por vencida. Estaba arrojándose cuando le agarraron un pie.

—¡Ah! —gritó.

—¡Ah! —exclamó una voz.

Eleyda, con los ojos abiertos como platos, se hizo un ovillo al instante. Al no oír ni ver nada, reunió el valor suficiente y se tapó por completo. Tiritando.

Algo subió a la cama. Sintió su peso. Algo que reptaba hacia ella.

Tenía miedo y ansiaba gritar, histérica.

Pero no lo hizo.

—¿Eleyda? —preguntó una voz torpona—. ¿Eres tú?

Unas manos le palparon la cara a través de la manta. La criatura palpó su tabique nasal, sus pómulos y su barbilla.

—¿Eleyda? Soy Iltonias Crabb. El Verde.

Se destapó veloz como el rayo y se encontró con un duende de rostro afilado y refinado, nariz picuda y ojos negros como el carbón.

—¡Eleyda!

—¡Un duende!

—Soy Iltonias Crabb —repitió haciendo una profunda reverencia en la que su frente chocó con la cama—. Vengo a llevaros conmigo.

—¿A dónde?

—A casa.

## El libro cian

### *Su favorito*

El castillo era una lóbrega edificación de piedra negra, con pasillos y habitaciones bajo tierra. Antiguamente había sido un glorioso bastión. La frontera que separaba lo bárbaro de la civilización.

Contaba una de las leyendas que allí residió un aristócrata que en realidad era un vampiro. Y roto por el rechazo, huyó de la desilusión que lo engullía y que le hacía tanto daño como podía. Sepultándose entre aquellos muros, aislado e ignorado.

El duende daba vueltas, inquieto, por la habitación. Vestía una camisa grisácea con manchas de barro y una corbata verde con tres cisnes bordados. Un desgastado traje añil de bruñidos botones de metal, unos zapatos carmesíes de punta en espiral junto con un sombrero de copa sin copa remataban la estrafalaria indumentaria de Iltonias Crabb.

Eleyda, por su parte, solamente llevaba puesto su camisón blanco *para dormir*. Estaba tan pendiente de no perder de vista al duende que pisó, sin querer, uno de sus libros. Un ligero rubor cubrió sus mejillas.

—¿A dónde vamos? —preguntó por segunda vez.

El duende la observó reflexivo.

—Habéis crecido.

—¿Nos conocemos?

—¿No me recordáis?

Eleyda negó con la cabeza.

—Ha pasado mucho tiempo —murmuró el duende—. Vuestro pelo es más largo.

Mechones cenicientos acariciaban los hombros de la niña.

—Dijiste a casa. ¿A qué te referes?

Iltonias miraba con frecuencia por la ventana, como temiendo que la luna desapareciese de la bóveda celeste, hasta que un libro cian captó su interés.

—¿Qué hace debajo de la cama?

—Esconderse.

—¿Por qué?

Eleyda no quiso responder.

El duende entrecerró los ojos.

—¿De qué trata?

—Cuenta las aventuras de la soñadora minúscula.

—¿La soñadora minúscula?

—Eso es. Vive en un mapa de acuarela. Y entra en la mansión de la cortesía. Toma el té y mantiene conversaciones agradables. —Tosió—. Otras no. Otras se encuentra en la galería de los no amados. Bajo la deprimida luz de un último ocaso. Sí. En su historia a veces pasa eso.

—¿Por qué es minúscula?

—Nadie lo sabe. Solo lo que no existe pesa más que su cuerpo.

—Eso no tiene sentido. Lo que no existe... no existe.

—¡Pero si precisamente lo que no existe es lo que debe existir!

—Decís cosas muy raras.

—Es que soy rara. ¡Uy! ¡Se me olvidaba! ¡Puede taparse con sus propios cabellos! No obstante, hay noches más frías. Como hay cartas más especiales.

—¿Y dónde duerme?

—En una habichuela agujereada de hojalata. Donde sueña con cosas fantásticas. Antes, durante y después de quedarse hipnotizada —contó mirando a la nada—. Una noche de invierno murió congelada. ¡Pero con una sonrisa mayúscula, pues soñaba con cosas fantásticas!

—Qué macabro.

—A mí me parece precioso.

—Qué macabra.

—Los demás suelen llamarme niña siniestra.

—¿Los demás?

—Todos, menos el viejo caballero.

—¿El conde Isigny?

—¿Lo conoces? Siempre ha sido bueno conmigo. Él me regala los libros. ¿Puede haber un regalo más bonito? —Eleyda calló—. Es anciano y llora por las noches.

En los márgenes de las páginas había anotaciones de su puño y letra. Como un viajero descansando a la vera del camino. En ocasiones la llamaba Manzana. Aunque sabía perfectamente que su nombre era Eleyda.

—Nos gusta la poesía.

—¿Os gustan los poemas?

—¿Quieres que recite uno?

Iltonias asintió enérgicamente.

Ella se puso de pie.

Afinada.

Disciplinada.

Las pupilas dilatadas.

*Muerta yacía,  
muerta reposaba,  
minúscula y contenta,  
en su habichuela agujereada de bojalata.*

El duende compuso una mueca.

—No es alegre.

—La vida es triste.

—Es curioso que os guste la poesía.

—Supongo que soy curiosa. Y siniestra.

Iltonias comenzó a agobiarse.

—Es tarde. Tenemos que marcharnos.  
—¿A dónde tenemos que ir?  
—¡No hay tiempo para explicaciones!  
Daba vueltas, realmente alterado.  
—Tranquilo. Respira. ¿Por dónde entraste?  
El duende miró la puerta.  
Eleyda se extrañó.  
—Está cerrada con llave.  
—No conviene hacer ruido.  
—Es mejor alejarse de ella.  
—Dejémosla entonces.  
Iltonias miró la ventana.  
—¿Entraste por ahí?  
—No me acuerdo.  
—¿¡Cómo no vas a acordarte!?  
—Disculpadme. Estoy nervioso.

Eleyda no pudo evitar soltar una risita. Rauda y con mucho decoro se tapó la boca con los dedos. El duende ya se encaminaba hacia la ventana besada por la escarcha. Cuando la abrió, una ráfaga de viento invernal conquistó la habitación. Diminutos copos de nieve volaron atolondrados y fueron a parar a los pies descalzos de la niña.

—Deberíais poner un abrigo.

—Yo nunca tengo frío.

Los demás también la llamaban *difunta* porque siempre estaba fría. Siempre descalza.

Aun así, cogió su bata blanca con capucha. Iltonias la examinó con atención y pareció gustarle la elección. De hecho, dijo que le gustaba la elección.

—¿Estás seguro de que conoces una forma de salir?

—Sé de un lugar. En lo más recóndito del castillo.

—No sé si el viejo caballero estará conforme...

Iltonias le ofreció la mano.

Ella sentía curiosidad.

Ver qué hay más allá.

Aceptó.

Y el duende vio arañazos en sus pálidos antebrazos.

Eleyda echó la vista atrás y se despidió de los demás, es decir, de las cosas que constituían su habitación. De todos menos de la araña. Ni buenos días ni buenas noches. Abrazó con la mirada a su libro cian, escondido bajo la cama, por última vez. Era difícil decir adiós.

—Vos primero, mi loca señorita.